

Alda, a Agustín Aznar y a tres Juntas de Mando que se formaron para sustituir a los que iban deteniendo.

Pero eran tantos los detenidos, que para mejor atenderlos cada una de las camaradas de Falange se hizo cargo de un preso, y una vez por semana les llevaban, en paquetes individuales, todo lo que ellas creían que podía alegrarles. Y del fondo de la tierra sacaba dinero la Sección Femenina para llevarles los cientos de cajetillas de tabaco y los monos para jugar en el patio, y de vez en cuando les poníamos 100 pesetas a cada galería por si querían tomar café. Y por entre aquellas rejas les metíamos el *No Importa*, periódico clandestino y arrogante, que se componía en la cárcel y que empezó a salir para sustituir el *Arriba*, suspendido por el Gobierno. Algunas veces les pasábamos hasta alguna que otra botella de vino, que aunque estaba prohibido, como a las mujeres no nos registraban al entrar, debajo de los abrigos les llevábamos todo lo que se nos ocurría.

Y la cárcel, más que la cárcel, en aquellos días parecía la Jefatura Nacional de Falange Española de las J. O. N. S., porque detrás de aquellas rejas seguía el Jefe dando las órdenes por las que se habían de regir las Organizaciones del Movimiento. Allí estaba montada la Secretaría Nacional, y en el patio se cantaba el himno, que todavía era desconocido para la mayoría de los españoles, pero que para nosotros era ya como un canto de esperanza. El ambiente de la cárcel era como de día de fiesta; con aquel clima había alegría, y llegaron a ser falangistas los oficiales, los vigilantes y hasta los presos de otras galerías, que sin saber qué sentían saludaban con el brazo en alto. Y la Falange se hizo tan fuerte con aquellas persecuciones que su poder llegó a ser mayor que el del Consejo de Ministros y el del Parlamento.

Así siguieron las camaradas visitando a los presos y ocupándose de ellos aun después del 18 de julio, cuando ya las calles de Madrid estaban en poder de los rojos, y a sus familias se les

siguió dando el socorro con rigor de hermandad.

## LA DIRECCION DE SEGURIDAD

Al mismo tiempo que en la cárcel era obligación nuestra el atender a los detenidos en la Dirección de Seguridad, y no pasaba día sin que nos dijera el Jefe de Milicias que habían detenido a unos cuantos y que teníamos que llevarles de comer.

Lo único que variaba era el número y los nombres de los detenidos, que siempre eran distintos.

Inmediatamente se ponían en movimiento dos camaradas de la Sección Femenina para enterarse por qué los habían cogido y si necesitaban alguna cosa.

Al principio no sabíamos ni por qué puerta había que entrar para preguntar por los detenidos y nos daba hasta cierto miedo eso de ir a la Dirección de Seguridad. Pero como las detenciones eran diarias, adquirimos tal costumbre que hasta llegamos a bajar algún día a los sótanos donde estaban los camaradas, y nuestros mejores amigos fueron los guardias de la Dirección.

Al llegar allí teníamos que dar siempre el nombre de alguno de los detenidos y muchas veces hasta decir que éramos de la familia de cualquiera de ellos para que les pasasen los recados, y de esta manera nos enterábamos de cuántos eran los que había en los sótanos, para llevarles a cada uno un bocadillo, una empanada y una cajetilla de tabaco. Todo esto nos costaba una peseta, precio ideal para los pocos medios de que disponíamos, y con eso se pasaban los camaradas el día entero. Porque en la Dirección no les daban de comer. La primera prueba de su magnífico espíritu la demostraban en la Dirección de Seguridad soportando sin protestar la escasez de alimentos, ya que ellos sabían que no podíamos llevar más porque en Falange no había dinero.

Y es que la Falange, como dice José Antonio, «es un modo de ser». Que no consiste en ponerse la camisa azul ni en hablar de revolución, sino